

PAULA  
DUCAY

La  
ternura

BARLOVENTO



El aire caliente la golpea cuando baja del avión. Naima se aparta un mechón del flequillo y cierra un poco los ojos. Atraviesa el aeropuerto con una pequeña maleta de cuatro ruedas, el libro en la mano, como quien ha cruzado cientos de no-lugares y se encuentra cómoda en un tiempo detenido y expectante. Esa es la imagen tras la que le gusta imaginarse, una mujer joven sin dudas ni temblores, con los ojos fijos un poco por encima del horizonte, la respiración llevada a un ritmo tranquilo, adulto. Al pisar el suelo se pregunta fugaz por la temperatura de la pista, pero olvida enseguida el calor exterior. Nota el pinchazo en el meñique izquierdo, se lo masajea con la mano que sujeta el libro; siempre que lo hace piensa que nadie sabe eso de ella, nadie sabe en qué punto exacto del cuerpo se almacenan sus nervios.

Marco la espera entre la multitud más allá de las puertas automáticas, en un mar de carteles. Se saludan con un abrazo tentativo y Naima cree que él también piensa que pasaron del apretón de manos al abrazo sin pasar por los dos besos, lo cual es bonito y quizás una rareza que describe bien su relación. Él hace amago de cogerle la maleta, pero la ve enarcar las cejas y se aparta. Ambos sueltan al mismo tiempo una risa contenida.

—Puedes llevar el libro —dice ella.

Él lo inspecciona con dedos ágiles, expertos, que calculan el gramaje de las páginas con un toquecito. Se lo coloca bajo el brazo y Naima se pregunta si al libro le dará tiempo a absorber algo del olor de Marco y se pregunta también si en los días que van a pasar juntos él sonreirá alguna vez, como suele hacer, cuando ella abra un libro nuevo para olerlo.

—Me gustó mucho en su día. Lo leí como hace... veinte años —dice.

Naima ríe y él baja la mirada y no se detiene, pero ella le ve la sonrisa. Recuerda cómo al principio no le gustaron los dientes de Marco, lo que le sucede con todo el mundo que no tiene una dentadura perfecta, los incisivos separados por un hueco ínfimo, apenas perceptible a no ser que una se acerque demasiado. Ahora apenas repara en ellos. Le gusta provocar que asomen tras los labios, son un poco grises y le hacen juego con la barba. Naima reprime el impulso de alargar la mano para comprobar si pincha y, cuando ya está instalada en el asiento del copiloto y se alejan de la ciudad, entrelaza los dedos por encima del regazo, como para frenarse. Sabe que en unos días él se afeitará, porque eso es lo que hace siempre, a pesar de que ella cree que con barba está mejor y se lo ha dicho, aun sabiendo que ese no es su cometido, sea lo que sea que eso signifique.

Intercambian algunas preguntas de rigor sobre el vuelo, sobre el tiempo que hace, constatan en alto lo evidente: el verano, las vacaciones. «Por fin», dicen, «por fin».

—No ha llovido —comenta Marco—, en todo el verano. Normalmente está verde.

Naima observa los campos agostados, repara en los árboles desnudos, intenta imaginarse el lugar en primavera, teñido de verde, cuando ni Marco ni ella pueden verlo. Tienen puesto el

aire acondicionado, pero ambos intuyen que el otro preferiría bajar la ventanilla, olfatear el calor.

—Casi estamos.

Han parado detrás de otro coche en un cruce. Marco aprovecha para estirar los brazos hacia arriba y Naima, casi sin quererlo, hace lo mismo. Se ríen. Naima lo mira y no sabe por qué comentario decantarse: «como siempre», o «como en la oficina», o «siempre a la par».

Marco tiene los ojos de un color indefinido, no del todo verdes, no del todo marrones. Naima recuerda aquella vez que se tapó los suyos con la mano y le preguntó «¿De qué color los tengo?» y él respondió, sin dudar ni un instante, «Negros», y ella aprovechó la intimidad inicial y los minutos que les sobraban en la pausa del café para decir: «¿Crees que vamos a ser amigos para siempre?», a lo que Marco contestó con un estallido de risa que hizo que las personas de la mesa de al lado se volvieran a mirarlos. A Naima le gusta aprovechar que se llevan muchos años para proponer las preguntas que solo suenan naturales en boca de los niños, preguntas que abandonan ese revestimiento inocente en cuanto vienen de un adulto. Esa, piensa, es una de las ventajas de la edad indefinida en la que se encuentra: ya no una chica, todavía no del todo una mujer.

Marco se frota los ojos antes de arrancar. Naima nota que le asalta una oleada de cariño al verle el gesto tantas veces repetido y una pizca de un curioso orgullo, que no sabe bien de dónde viene ni dónde colocar. A los pocos minutos, el pueblo aparece a la vista, detrás de una colina, donde el verde se extiende en una resistencia húmeda y abraza las casas, la iglesia y casi llega a rozar el pequeño castillo de las afueras.

—Ah —dice Naima—, se ve el río.

Marco aparca. Desconecta el aire, apaga el motor y saca la llave en un baile de gestos automáticos que Naima observa

en silencio, todavía con el cinturón puesto. Sabe que Marco quiere salir del coche sin detenerse a mirarla y sabe, y se le escapa una sonrisa por la certeza, que si se queda quieta y callada el tiempo suficiente él la mirará. Naima sabe que en cuanto crucen el umbral de la casa dejarán de estar solos y le gustaría alargar el momento, pero sabe que Marco no quiere detenerse en el hecho de que ella esté allí; ahora que la presencia de Naima en la casa es real él hará lo posible por disimular que todo aquello tiene algún tipo de significado. Cuando finalmente Marco la mira, Naima le sonrío y después, un tanto turbada por el silencio del coche, se desabrocha el cinturón, abre la puerta y sale.

—¡Es enorme!

—Elisa tiene muchos hermanos —dice Marco.

—¿Van a venir?

—Quizá la menor con los niños, no sabemos todavía.  
¿Podés?

Ella le guiña un ojo, saca la maleta del coche con un gesto ágil y la pone en el suelo. Las ruedas resuenan en el empedrado y Naima aprieta los dientes. El pueblo está en silencio, apenas se mueven las hojas de los álamos en la linde del río. Siente que el ruido anuncia su llegada e interrumpe algo antiguo y sagrado, que la señala definitivamente como extranjera. La casa está allí, cerca del agua, tras un jardín atravesado por un camino que flanquean algunas estatuas de piedra: un ángel caído, varias mujeres con vestidos vaporosos y los brazos extendidos, hasta un grupo de gnomos que parecen mirar a Naima con suspicacia. En el umbral de la puerta les espera una señora menuda con delantal.

—Hola, Clemen. Esta es Naima. Naima, Clemen.

La señora sonrío con un gesto amplio y acogedor. Dice unas pocas palabras en italiano que Naima no alcanza a entender.

Hace un amago de cogerle la maleta. Insiste hasta que Naima suelta el asa y la levanta del suelo, entra en la casa y sube rápido las escaleras. Naima siente una punzada de culpa en el estómago. Enseguida, la mano de Marco tranquilizadora en el brazo, que la invita a pasar.

—¡Joder! —se le escapa.

Marco ríe y asiente.

—Es bonita, sí.

A Naima le da tiempo a echar un vistazo a la mesa de madera de la cocina, a los azulejos que recorren la pared por encima de la encimera, a las plantas colgantes, al cuenco de fruta colocada de manera impoluta.

—Pero ¿y esto? —se echa a reír—. No me habías dicho que vivíais en una casa rural cinco estrellas.

Suben las escaleras, Naima detrás de Marco. Este la guía hasta una habitación bañada de luz, tiene una cama individual y una cómoda antigua. Es pequeña, pero Naima enseguida proyecta su vida allí los próximos días: la maleta debajo de la cama, los libros apilados en la mesilla de noche, el bañador secándose en el respaldo de una silla cerca de la ventana. Va a volverse para agradecer la invitación, pero Marco ya ha cruzado el pasillo y la mira desde la barandilla que baja con las escaleras.

—Te dejo para que te instales.

Naima suspira y asiente. Reconoce la sensación de extraño vacío cuando dejan pasar esos momentos, las idas y venidas en las que se buscan y se rehúyen, en los que la amistad parece tensarse para aguantar una presión que ninguno de los dos sabría definir. La chica coloca la maleta en la cama y saca despacio la ropa. Intenta no apurar el momento, apaciguar una impaciencia que empieza a arremolinarse en el estómago, una mezcla de inquietud y expectación que crece

cuando oye una voz de mujer. Naima se detiene un momento y se concentra en los sonidos rápidos del italiano, en la calidez con la que la mujer se dirige a Marco. Se acerca a la ventana y mira hacia el jardín. No la recordaba así, aunque no hace tanto que la vio por última vez, en la ciudad. Milagrosamente, Elisa parece más joven que hace unos meses. Naima sabe que es porque está más morena y descansada, quizás porque veranear en casa de sus padres hace que se vuelva a sentir una niña. La ve subir desde el río, con el pelo mojado, el vestido de lino arrugado y el paso tranquilo, casi como en un sueño. A Naima le gusta observarla desde allí, desde donde no puede ser vista, concentrarse en la cadencia de su caminar, ver los gestos que le dirige a su marido. Naima piensa por un momento que Elisa también está detenida en una edad indefinida. Un desconocido no sabría decir si tiene treinta, cuarenta años, si ya ha cruzado el ecuador de la vida. Cuando Marco sale a recibirla, Naima observa el beso fugaz entre ambos, la sonrisa de ella. Siente que acaba de cruzar un umbral invisible y sutil y que se encuentra en territorio desconocido. Sacude la cabeza y sale de la habitación tras entornar la puerta. Baja las escaleras despacio, intentando no hacer ruido, y va al encuentro de la mujer.

Se saludan con dos besos.

—Perdona, que te mojo. ¿Qué tal el viaje? —Naima apenas distingue el acento italiano en esa dicción pulcra y lenta, tiene que hacer un esfuerzo por encontrar el titubeo detrás de las palabras, si es que lo hay.

«Si necesitas cualquier cosa, nos dices».

«Esta es tu casa».

«O se lo pides a Clemen».

«Lo que necesites».

Elisa desaparece por las escaleras y Naima se queda sola en la cocina. Oye el trajín de Clemen en algún punto de la casa.

Intenta sacudirse la parálisis que empieza a atenazarle las manos y abre algunos armarios en busca de vasos. El agua tiene un sabor extraño, que Naima asocia con estar lejos de casa, con un sentimiento intangible de libertad y promesa, con el calor. Bebe dos vasos seguidos y recuerda los regalos, abandonados en la maleta. Sube a su habitación y saca una botella de vino y unos caramelos. Los mira un segundo con la sensación de estar cumpliendo un ritual extraño. En el último momento, coge el libro que estaba leyendo en el avión. Coloca todo en la mesa de la cocina y espera. Abre y cierra el libro un par de veces. La casa está en silencio y no sabe dónde está la familia. Le gustaría leer, pero se le hace raro entregarse a la lectura en un lugar desconocido, siente que tendría que inspeccionar cada esquina de la casa antes de poder apartar los ojos de las fotos, de las notas sujetas con imanes de la nevera, de las habitaciones de los demás, que aguardan en la planta de arriba y que todavía no ha visto. «Venga», piensa, «venga, lee». La sensación de que está perdiendo el tiempo ya ha empezado a molestarle con su tictac infinito, tiene que obligarse a fijar la vista en la madera de la mesa, a seguir las formas ondulantes de los distintos tonos marrones solo para alejar la sensación apremiante que le hace fruncir el ceño, mirar el libro como una tarea más que debe completar.

—¿Ya estamos leyendo?

La voz de Marco rompe el silencio y disipa la tensión. También él tiene un libro entre las manos y Naima se lo señala con un movimiento de cejas. Los intercambian.

—Ah, es el de antes —dice él—. ¡A ver si lees más rápido, que no lees nada!

Naima le agradece el regreso a las bromas ya consagradas y mira el libro de Marco con sorpresa.

—Ya lo habías leído, ¿no? Yo lo leí este año.



—Ya —dice Marco—. Por eso. Me lo recordaste, que me había gustado mucho en su día, pero casi no me acordaba.

—Es muy cortito, esto te lo acabas tú en nada.

—Sí —suspira él—. No hay tiempo para nada más largo.

Se miran en silencio. Naima piensa que hay una sonrisa permanente instalada entre ellos, que desde que lo conoce bien no puede mirarlo y no sentir que las comisuras de los labios se le levantan solas. Marco inspecciona el vino y los caramelos con fingido interés, le agradece el detalle con el tono educado y pulido de las primeras veces, que Naima reconoce. Casi hace que se arrepienta de haberlos traído, como si ese gesto convirtiese su presencia en la casa en una transacción.

—¿Querés ver el río?

—Vamos.

Ninguno de los dos ha soltado el libro, y cuando se sientan en el banco de piedra que da al río los dejan entre ellos, como si la literatura fuera al mismo tiempo un vínculo y una frontera. El jardín tiene una pendiente tan empinada que la casa no se ve desde allí, están ocultos a los ojos de cualquiera que se asomara por las ventanas. Ambos miran el río y no dicen nada. Naima sabe que estos silencios, claros y apacibles, son parte del pacto extraño que han firmado, construido a base de horas y horas en mesas contiguas mirando sus respectivas pantallas. Naima coge aire y lo suelta y calcula, como ha hecho otras veces. Supone que él también es consciente de que su presencia ahí, en esa casa en el extranjero, a las afueras de un pueblo idílico en pleno mes de vacaciones, es una anomalía. Una bella anomalía, piensa ella, pero no lo dice, porque sabe que no es necesario.

—¿Descansaste?

Naima lo mira.

—Pero si llevo aquí diez minutos.

—Ya, bueno... —Marco suelta aire por la nariz, vuelve a quedarse en silencio. Nunca se toma a mal la picardía de la joven, ni el ocasional sarcasmo. Parece recibirlo como si lo anticipara, como si tuviera un mapa de su personalidad, a pesar de que sus amigos y en parte su familia fruncieron el ceño cuando dijo que la había invitado a pasar unos días con ellos en Italia. «¿A la chica?», dijeron, «¿por qué?», y Marco había advertido en sus miradas burlonas una amenaza, casi una acusación. No se había atrevido a contestar con la verdad, que era muy sencilla y a la vez muy compleja: «Somos amigos».

—¿Qué tal tu abuela?

Marco asiente despacio antes de contestar, como si esperara la pregunta y responde lo de siempre: casi ciega, con muchos dolores, pero bien dentro de lo que cabe.

—¿Te echa de menos? —pregunta Naima.

—Sí, claro. Y yo a ella, pero por lo menos he ido a verla, hacía ya dos años.

—¿Leíste en el avión?

Marco la mira y sonrío.

—Obvio —murmura—. El que me dejaste.

—¿Sigue comiendo sushi? ¿Tu abuela?

—Sí —ríe un poco él—, eso no se lo quita nadie.

—Todavía no me explico cómo maneja los palillos, si además no ve bien...

—Ve fatal. Dice que nos ve las caras como derretidas. Cuando llegué le costó un buen rato reconocermé, fue extraño. Hay que lavarla, vestirla, hacerle todo... No sé cómo hace mi hermana.

Vuelven al silencio. Naima se imagina cómo será ver el mundo así, «derretido», atravesado por ondas de calor verticales, que todo se vuelva líquido ante tus ojos aun cuando

sabes que las cosas mantienen su consistencia y que eres tú la que empieza a desintegrarse. Se imagina a Marco bajar del avión al otro lado del charco, agarrar la maleta y el libro, aturdido al volver a su país, a su casa de la infancia. Se imagina un cuarto que no existe, donde la abuela mira al nieto, confundida y algo asustada.

—¿Sientes... sientes que es un privilegio tener abuela siendo tan... no tan mayor, pero...?

Naima se detiene porque Marco ríe.

—No, a ver —sigue ella—. A veeeeeeeer, no. No tan mayor, aunque es verdad que estás mayorcísimo —le guiña un ojo—, pero ya me entiendes. Más mayor que la media de la gente que tiene abuela.

Naima le ve los dientes, se congratula por haber aligerado el momento.

—Bueno..., sí y no. Sí, supongo que sí. Aunque... bueno. Tener madre joven y abuela joven viene con sus cosas.

—Ya. Sí, también es verdad.

Miran el río, que atrae mosquitos y calor y les regala un sonido continuo y relajante.

—No está mal, ¿no? —dice ella señalando el entorno, de nuevo con la sonrisa en los labios.

—No está mal, no.

Suspiran al unísono. Naima se siente como lo hacía en la oficina, cuando formaba con Marco una especie de isla alejada del resto de compañeros. Los intercambios entre ellos, al principio profesionales y cautos, se habían ido transformando en confesiones personales, en pactos tácitos de entendimiento, en una amalgama de lenguaje privado y bromas recurrentes. La cordialidad de las primeras semanas había dado paso a una suerte de cariño, al principio leve, más tarde arrollador. Naima ve cómo Marco juega con la alianza plateada, cómo

la desacomoda y la lleva hasta la falange distal del anular, un gesto que repite cuando piensa o cuando escucha algo con atención. Él le pregunta por el resto de sus planes de verano y ella no quiere pensar en volver a la ciudad, pero se los cuenta, y, mientras habla y observa el ir y venir del anillo, en algún recodo de su imaginación proyecta los días que están por venir. Vuelve a sentir una punzada de nervios en el meñique izquierdo.

Oyen primero el sonido de las chanclas sobre el empedrado. Luego, Naima reconoce la esbelta figura de la niña, las formas picudas, ligeras, el cuerpo de junco. Aparece en el borde del jardín, se acerca corriendo y aminora la velocidad cuando ve que su padre no está solo.

—Mamá me ha dicho que estabas aquí.

—Martina, ¿te acordás de Naima?

La niña la mira y asiente. Naima le sonrío. Una sonrisa que no es impostada, que no nace de saberse ante una criatura que, por su edad, se merece y está acostumbrada a esos gestos cordiales y deferentes de los adultos. Naima sonrío porque recuerda a la niña volando a los brazos de su padre durante el simulacro de incendios de la empresa, cuando ya estaban todos en el punto de encuentro. Entonces también había oído primero sus pasos rápidos elevarse sobre el murmullo de los compañeros. A Marco apenas le había dado tiempo a volverse y a levantarla por los aires. Naima lo miró, extrañada, vio la piel oscura de la niña, los ojos rasgados, y mantuvo las distancias, como si esperara una explicación sin pedirla. «Es mi hija», dijo él, y la expresión de Naima respondió hacia arriba, las cejas, las comisuras de los labios, una curiosidad agradable en el estómago. «Martina, esta es Naima, trabaja conmigo». «¿Es tu jefa?», preguntó la niña, y ambos se echaron a reír. «Pero... ¿y cómo...?», Naima miró a Marco, inquisitiva. «Me

lo chivaron y les dije que vinieran a esta hora. Marti, ¿dónde está mamá?». La niña señaló entre la multitud y los tres saludaron a Elisa con la mano, que se abría paso entre los corrillos de gente que fumaba y charlaba. Después de las presentaciones, Naima se apartó. Fingía que hablaba con otras compañeras mientras los observaba desde lejos. Lanzaba miradas furtivas a aquel núcleo familiar desconocido y fascinante, no solo por el contraste de las pieles, ellos tan pálidos, ella tan morena; quizás también por la distancia que, sin darse cuenta, parecían imponer al mundo cuando estaban los tres juntos. Oyó la mezcla de acentos e idiomas, el tartamudeo ocasional de Martina al buscar la palabra exacta, el remolino lingüístico que componían Elisa y Marco, el italiano mezclado con el argentino, sonidos que se enroscaban el uno en el otro en una danza voluble e impredecible. Ellos se entendían así, pensó Naima, porque, si no, cómo harían para ordenar las pequeñeces domésticas, cómo habrían hecho en los inicios para plantear las preguntas que requieren una respuesta de nuestros potenciales compañeros de vida: el calibre del cariño, la inexistencia de Dios, el origen de las heridas de la infancia, los amores antiguos que siguen atravesados. Se entenderán, pensó Naima, aunque yo no los entienda desde aquí.

—¿Te has bañado? —pregunta Martina.

—Todavía no —responde Naima—. ¿Os bañáis en el río?

—Sí. Con papá, y papá se cayó.

Marco se tapa los ojos con la mano, sonrío y murmura algo ininteligible.

—¿Cómo, cómo? —pregunta Naima paseando la vista de padre a hija.

—Se cayó papá en el río.

Martina ahoga una risita que se le escapa entre los dedos y crece hasta explotar con el recuerdo.

—A ver, Martina, cuéntame eso bien, por favor.

—Bueno —interviene Marco—, tampoco hace falta...

—O, si prefieres —Naima señala el río con una mano—, nos puedes hacer una demostración.

Martina se ha tumbado en el banco, encima de las piernas de su padre y se retuerce como si alguien le hiciera cosquillas. Marco coloca una mano debajo de la cabeza de su hija para evitar que se golpee contra el reposabrazos de piedra. Los tres ríen.

—Estaba intentando que Mar-ti-na —dice Marco— no se cayera al agua, porque estaba muy a-sus-ta-da, ¿verdad?

—No —dice la niña, y su risa disminuye un poco—, no estaba asustada.

—¿No estabas asustada?

—No estaba asustada.

Naima observa divertida el ping-pong. Ve cómo la niña se incorpora y queda sentada entre los dos, todavía con los rastros de la risa sacudiéndole el cuerpo. Marco no ha retirado la mano de debajo de la cabeza de su hija y le acaricia el pelo, un matiz orgulloso despuntando en la mirada.

—Es bonito —dice Martina. Sujeta la mano de Naima entre las suyas y juega con uno de sus anillos.

—¿Te gusta?

Martina asiente sin dejar de mirarlo.

—¿Me pintas las uñas? —pregunta.

Naima mira a Marco, que se encoge de hombros.

—Claro —dice Naima—. Cuando quieras.

—Ahora.

Marco ríe.

—No, ahora no, cariño. Hay que merendar —dice.

Suben por la colina del jardín que los devuelve a la casa. Marco y Martina van delante, la niña colgada del brazo de su padre, que hace esfuerzos por levantarla del suelo.